

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8634

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, No. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Jueves 7 de Agosto de 1893.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.



Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras.

Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

LAS REFORMAS EN MARINA.

El estado en que actualmente se halla nuestra Armada, impone un sagrado deber á los Gobiernos; el de apoyar todas las iniciativas y todos los medios que se dirijan á armonizar los recursos disponibles del Tesoro, con el mejoramiento y perfección de la marina de guerra, tanto respecto al organismo de su administración económica, reparación del material existente, orden y eficacia en el servicio, cuanto al fomento progresivo de sus arsenales, hasta conseguir que estos llenen las necesidades permanentes, que están llamados á cubrir. Así creemos lo comprende el general Beranger, á cuyo cargo está encomendado el Ministerio del ramo.

Verdad son las recientes disposiciones debidas á su iniciativa que han sido publicadas y continuarán publicándose en la *Gaceta Oficial*, referentes á la reorganización del personal facultativo y arreglo en la provisión del material para la reparación y construcción de buques; obras estas que reclaman su absoluta ejecución los talleres del Estado y la industria particular del país, no solo por los beneficios que reportan al mismo, sino también por que cuentan con un cuerpo idóneo de ingenieros navales, que está en el completo goce de todas las energías de la inteligencia; y además, porque disponemos de las primeras materias, cuales, son entre otras, como más indispensables, los minerales de hierro y carbones que en criaderos y cuencas abundantes, nos ofrece nuestro privilegiado subsuelo, merecedor de las justas atenciones de la protección del Estado en su explotación.

Nosotros quisiéramos ver, bajo acertadas direcciones, al entrar en los arsenales de Marina, el reflejo oscilante de la luz de los hornos de fundición del mineral, el ruido incesante del vapor como motor de los trabajos manuales, y sentir, al par que el golpe constante del yunque y el martillo, el calor en nuestro cuerpo del fuego en la elaboración de blindajes y piezas mecánicas. Pero ya que esto no pueda realizarse por hoy, desistamos, en la medida de nuestras escasas fuerzas, tener más bajeles en nuestros astilleros que los que con tristeza hemos visto en épocas pasadas, como españoles, en los astilleros extranjeros.

Dedúcese que para conseguir tan laudable propósito, hay que cimentar en firme base un pensamiento preconcebido que garantice el trabajo con la recompensa, y vemos con satisfacción que anticipadamente se ocupa de ello el Sr. Beranger, á fin de que el obrero que consagra la fuerza de

su existencia, en las faenas del taller, cuando llegue á la senectud, cuente con el derecho de inválido, cual merecida recompensa de la patria.

También venimos observando que en el arreglo del personal del cuerpo burocrático, han de ser recompensados los escribientes de los departamentos marítimos, cuya organización viene tramitando hace más de cinco años; circunstancia que ha reservado á la actividad del actual Ministro, quien en la cuarta vez de desempeñar la difícil dirección del Ministerio de Marina, ha conseguido que en el brevísimo plazo de dos días, sea aprobado por el centro superior facultativo el Reglamento especial redactado en beneficio de tan necesitada clase, prometiéndose que prontamente lo publique sancionado en la *Gaceta Oficial*. De la adopción de esta medida por la cual hemos abogado en otras ocasiones, merece el Sr. Beranger nuestros plácemes, que sinceros los consignamos en el acto.

Siga pues el funcionario de quien nos ocupamos, tratando de coadyuvar á que repazca el poder de nuestra Armada de guerra, para que un día sirva de respeto y consideración de extraños, de segura defensa de nuestros territorios y de custodia del comercio é intereses generales de la Nación.

COMPENSACIONES DE LA DEFORMIDAD.

No pretendemos demostrar á las personas de formas que la naturaleza les ha prestado grandes servicios, pero sí hacerles ver que les ha ofrecido relativas compensaciones.

Los jorobados tienen por lo general talento.

La fisiología explica esto por predominio del volumen del cerebro resultante de la dificultad que se presenta al libre desarrollo de la médula espinal.

Los bufones de los reyes eran casi todos jorobados.

Scarron, el rey de los bufones modernos, tenía, según lo dice él mismo, la figura de una Z.

Murió de un ataque de risa, legando por última agudeza su mujer al soberbio Luis XIV.

Los cojos, según la opinión general, no han sido menos bien dotados, bajo el punto de vista intelectual.

«Tienen el alma muy ardiente»—decía lord Byron, quien adolecía del mismo defecto.

Un hecho muy singular es el de que casi todos los escritores ilustres de Inglaterra se distinguieron por algún defecto orgánico.

Shakéspere y Walter Scott eran cojos como Byron; Milton era ciego; Pope era jorobado; Swift, el autor de los «Viajes de Gulliver», adquirió en los últimos años de su vida una desmesurada gordura. Los célebres historiadores Hume y Gibbon eran de una obesidad fenomenal.

Este último tenía una nariz tan diminuta y unas mejillas tan abultadas, que madama de Defland, atacada de ceguera habiéndole un día palpado la cara (lo hacía con todos los visitantes que le eran presentados por primera vez) arrojó un grito de horror, creyéndose víctima de una pesada burla.

En materia de deformidades, lo más nota-

ble no es, ciertamente, el tener las piernas más ó menos derechas. Hay en el mundo un gran número de personas que sin cesar caminan al «sesgo» y se irritarían si se les echase en cara ese defecto. Tales son los «cojos de espíritu».

«Un cojo no nos causa gran molestia—decía Pascal;—pero un «espíritu cojo» nos irrita demasiado.»

Un cojo reconoce que los demás caminamos derechos, pero un «espíritu cojo» sostiene que somos nosotros los que cojeamos.

En las mujeres, sobre todo, los defectos de organización parecen ir siempre acompañados de la vivacidad del espíritu y el desarrollo de la inteligencia.

Una mujer dotada de una fisonomía poco hermosa es por lo regular más atractiva que una mujer de una belleza severa y correcta, porque aquella trata de hacer olvidar sus imperfecciones corporales, desplegando todos los recursos de la coquetería y la amabilidad.

Las deformidades no siempre excluyen la gracia que es—se ha dicho en todo tiempo—más bella que la belleza.

Así se han visto muchas mujeres señaladas por defectos físicos hacer un gran papel en la historia galante de los últimos siglos.

Por ejemplo, Gabriela d' Estrées era manca; Mlle. de la Valiere era coja, la princesa de Eboli, tan amada de Felipe II, era tuerta.

Mucho se ha dicho sobre el poder fascinador de un pié diminuto y bien formado.

Las mujeres que cojean están desprovistas de esa tan elogiada ventura; mas no debe creerse que esto no tenga alguna compensación.

Y vamos ahora con la estatura.

Se quejan frecuentemente ciertos hombres de la pequeñez de su talla, fácil sería demostrarles que la figura vital obra con mayor energía y el carácter muestra más resolución en los cuerpos medianos, «Homo longus raro sapiens.»

Cuando los antiguos poetas querían representar hombres ingeniosos y astutos, los pintaban pequeños de talla, como Ulises, Títeo, etc.

Si los reyes y los emperadores han procurado en todo tiempo rodearse de una guardia de honor compuesta de buenos mozos; en el sentido que se da vulgarmente á esta expresión, es tal vez porque en general los hombres de alta estatura tienen poca malicia y son casi siempre incapaces de urdir y llevar á cabo una conspiración. Así, César temía menos á Antonio y á Dolabella, hombres corpulentos que á Bruto y Casio que eran delgados y raquíticos.

Bonaparte, que era de pequeña estatura, hacia, con relación á la elevada talla de Kleber, la observación de que los hombres altos y gruesos se dejan conducir por otros mucho más chicos.

La flaqueza misma ó sea la escasez de carnes, va acompañada frecuentemente de una gran fuerza de carácter.

Luis XI fue probablemente el más flaco de todos los reyes de Francia, pues su cuerpo no era, según la expresión de un historiador de su época, sino una «anatomía ambulante.» Y sin embargo, cuánta energía desplegó para preparar la unidad del territorio, debilitar el feudalismo y levantar la autoridad real. También eran chicos el duque de Alba, el de Osuna y el famoso Cordoba.

En nuestros días León XIII, Thiers, el general Molke y tantos otros, ¿no son un ejemplo evidente de esta observación?

En Grecia los atletas carecían de fuerza moral y valbr. Se les tenía por muy malos soldados.

En casi todos los ejércitos siempre han sido preferidos á los granaderos, los cazadores.

Los médicos militares saben que las constituciones de mediana y aun de pequeña estatura, pero apretadas y firmes, presentan más resistencia que las muy desarrolladas.

Estas, para servirnos de la pintoresca expresión de Levy, «se desploman prontamente bajo los golpes de la enfermedad.» Y, aun se puede agregar, que de la más ligera fatiga.

E. B.

Variedades.

MEMORIAS DE UNA AZUCENA.

Una hermosa mañana estaba acompañada de mis hermanas y otras mil flores que nos rodeaban, formando entre todas el conjunto más bello que puede ofrecerse á la vista humana.

Todas gustábamos de una brisa embriagadora que hacia balancear nuestras esbeltas talles; empezábamos á adorar al que con sus rayos hería nuestros delicados cálices, cuando apareció un hombre elegantemente equipado, dirigió sus pasos hacia nuestras macetas y después de mirarnos detenidamente formó un precioso bouquet: tuve el honor de ser colocada en el centro, tanto por mi lozanía como por el aroma que exhalaba; mi orgullo no halló límites al ver que yo sola era la preferida para ocupar la presidencia; perfectamente ordenadas, asíó nuestros tayos con una bonita cinta del color de una de mis compañeras.

Nos trasladó á un coche, y después de breves momentos llegamos al sitio de nuestro destino, hallándonos en un pequeño gabinete; adornaban sus paredes preciosos cuadros, donde se veían de relieve los pinceles de Murillo, Rafael y Velazquez, en el centro había una mesita cubierta por finísimo damasco, y en ella un hermoso jarrón donde fuimos depositadas; en derredor pude observar un magnífico diván y riquísimas butacas, una de estas fue ocupada por el que hasta allí nos condujo.

Seguí silencioso, y su rostro lívido hacia presagiar un desenlace funesto; grandes suspiros se escapaban de sus labios: Se puso á contemplar un retrato y cuando ya la creía más feliz le oí pronunciar estas palabras: ¡Jella... ingrata! ¡oh... Celso debes vengarte!

Terminado este breve monólogo entró abriendo la puerta: un ángel se apareció ante nosotros, era una mujer de buena estatura, cabello dorado como el oro, tez blanca, ojos grandes y negros, nariz aguileña, boca pequeña y sus labios por lo sonrosados podían competir con el coral: acercóse á Celso, que ensimismado, no había notado la entrada de su rival, le dirigió una sonrisa encantadora, que no la fue devuelta.

Advertida de nuestra presencia vino hacia nosotros, y después de tenernos entre sus delicadas manos y aspirar nuestros perfumes, me prefirió ante las otras; con exquisita coquetería me colocó en su pecho, creyendo agradar más á Celso, este que hasta entonces había permanecido sentado, se puso á pasear tarareando un precioso vals: Ojita que jamás había visto á su amante despreciar sus carinos, recordó su debilidad y rompió en copioso llanto como prueba de su arrepentimiento; pero Celso, que hasta en tonces había visto en ella la felicidad de los dos, la